

chas, estaban fuera de estado de poder disputar el paso de los numerosos afluentes del Danubio que, de distancia en distancia, forman una barrera natural fácil de defender hasta contra fuerzas superiores.

Cuando la vanguardia de Bernadotte apareció en el Inn, encontró al cuerpo austro-ruso en retirada en todos los puntos. Sin embargo, Kutuzoff, por condescendencia con el emperador de Austria, que persistía en esperar, contra toda verosimilitud, que el archiduque Carlos llegara á tiempo para cubrir á Viena, consintió en quedarse sobre la orilla derecha del Danubio en vez de retirarse á Bohemia, que era su camino directo más corto para unirse con el segundo ejército de Alejandro.

Murat formaba con su caballería la cabeza del ejército francés, viniendo en seguida los cuerpos de Bernadotte, de Marmont, de Davout y de Lannes, apoyando su izquierda en el Danubio, y su derecha en los últimos contra-fuertes de los Alpes nóricos. Soult cerraba la marcha con la reserva. Ney había sido separado junto con 10.000 hombres para que operase en el Tirol de donde debía arrojar al archiduque Juan; Augereau que todavía continuaba retrasado debía auxiliárle.

Pasó el ejército napoleónico sucesivamente el Inn, la Salza, el Traun, ocupando sin disparar un tiro plazas tan importantes como Braunau y Salzburg. En los pequeños combates parciales que tuvieron lugar en la vanguardia, púdose, sin embargo, reconocer en los rusos un vigor y una solidez que no se había encontrado en los austriacos durante la campaña. Napoleón llegó á Lintz el 4 de Noviembre. Recibió aquí el general Giulay, que le llevaba una carta que contenía una proposición de armisticio del emperador de Austria. Pero el emperador Francisco estaba poco preparado á las exigencias que Napoleón se proponía imponerle para que fuera posible un acuerdo: el abandono de Venecia y del Tirol era un sacrificio sobrado considerable para que pudiera ser aceptado de buenas á primeras. Francisco no podía esperar ganar tiempo discutiendo tan duras condiciones, pues, la implacable previsión de su enemigo exigía como prenda, y antes de toda discusión, una separación inmediata entre la causa austriaca y la de Alejandro. El emperador Francisco, no debía, escribía Napoleón, hacer depender la paz de otra potencia cuyos intereses eran tan diferentes de los suyos: «Esta guerra, no es para Rusia, más que una guerra de fantasía; ella es para Vuestra Majestad y para mí, una guerra que absorbe todos nuestros medios, todos nuestros sentimientos,

todas nuestras facultades.»—8 de Noviembre.—

Tales premisas, así en términos generales, eran ciertamente muy admisibles, pero las consecuencias que él pretendía sacar, eran sobrado onerosas para parecer también aceptables, á despecho de las protestas amigables de que estaba llena esta carta. Este ensayo de negociación no produjo, pues, resultado alguno y no suspendió ni por un instante la marcha del ejército francés.

A partir de Lintz, la cadena de los Alpes nóricos se va aproximando progresivamente del Danubio hasta los alrededores de Viena, en donde los últimos estribos del Wiener-Wald van á terminar en el río, de modo que el valle se va estrechando á medida que se adelanta sobre la capital. El ejército francés teniendo que prevenirse contra una sorpresa improbable, pero posible, de parte del ejército de los archiduques Carlos y Juan que se suponía habrían llegado ya en Stiria, y contra una resistencia más seria por parte de Kutuzoff quién podía aprovechar los numerosos accidentes de esta comarca montañosa, Napoleón llevó á Marmont á Leoben por Steyer á fin de interceptar el camino de Stiria á Viena, luego hizo pasar á la orilla izquierda del Danubio un cuerpo de cerca 20.000 hombres á las órdenes de Mortier, apoyándole con una flotilla improvisada que debía permitir á su mariscal atravesar en un instante de una orilla á otra, á fin de inquietar á los rusos sobre su línea de retirada; por último se adelantó con precaución sobre Molk y San Poelten con el resto de su ejército. Todo el mundo esperaba una batalla en San Poelten, posición muy fuerte, la mejor que se podía escoger para defender á Viena; pero los rusos se limitaron á librar los combates estrictamente necesarios para asegurar su retirada. En la derecha de los franceses, Davout sorprendió y puso en derrota, en Mariazell, una columna enemiga que intentaba ganar la Stiria. En Amstenttel, el príncipe Bragation hizo frente á Murat con gran firmeza, para favorecer la difícil marcha de Kutuzoff; en San Poelten, el ejército ruso se detuvo de nuevo como si hubiese querido librar batalla, pero se escapó de pronto dando una media vuelta y en vez de continuar su marcha sobre Viena, pasó el Danubio en Krems, quemando tras sí el único puente que existía de Lintz á Viena,—9 de Noviembre de 1805.

La irrupción que Napoleón temía sobre su flanco de parte de los archiduques durante su marcha á Viena no tuvo lugar, y Marmont pudo avanzar no sólo hasta Leoben, sino hasta Graetz, sin encontrar serios obstáculos. Como lo había previsto Napoleón, su brusca invasión en el corazón de las provincias

hereditarias había obligado al archiduque Carlos á retroceder; pero no queriendo exponerse á encontrarse preso por el ejército de Napoleón y el de Massena, se había retirado, no sobre la Stiria, sino sobre Hungría, lo que le obligaba á hacer un rodeo más largo y á renunciar á toda idea de socorrer á Viena.

Inmóvil durante mucho tiempo en el Adige, bien que tuviera un ejército de 80.000 hombres, independientemente de los 20.000 que estaban acantonados en el Tirol, que oponer á los 50.000 hombres de Massena, el archiduque Carlos no supo aprovechar tales ventajas, sea que no se creyera bastante dispuesto para entrar en combate, sea que el consejo Aulico le hubiese obligado á subordinar sus movimientos á los del ejército de Baviera. En este último caso la falta era inexcusable, pues era reducir á la defensiva el ejército más fuerte y tomar la ofensiva con el ejército más débil. Sea de ello lo que quiera, nada podía convenir tanto á Massena como esa prolongada inacción de un enemigo que tan grande superioridad le llevaba. Principió por apoderarse el 18 de Octubre de la parte de Verona que estaba ocupada por los austriacos, por medio de una sorpresa nocturna que le aconsejó Napoleón. Después de haber consolidado de esta suerte su posición en el Adige, esperó los sucesos en presencia del ejército del archiduque fuertemente atrincherado en Caldiero, á las puertas mismas de Verona. Massena supo el 28 de Octubre la capitulación de Ulm; en seguida comprendió todo el alcance de la victoria, y juzgando que el archiduque iba á verse forzado á principiar su movimiento de retirada, no vaciló en atacarle en sus fuertes posiciones. Dos días consecutivos, el 30 y el 31 de Octubre, estuvo Massena asaltando sus posesiones con gran encarnizamiento pero sin ventaja señalada, empero dificultando y contrariando sus preparativos de retirada hasta el punto de obligarle á sacrificar toda una brigada para asegurar su marcha.

Llamado el archiduque al socorro de la amenaza monarquía retrogradó rápidamente por el Brenta y de aquí se dirigió al Piave, pero siempre seguido paso á paso por Massena. El 12 de Noviembre estaba sobre el Tagliamento, en donde sostuvo contra los franceses un brillante combate de retaguardia. Es de aquí, en donde, después de algunas vacilaciones, se decidió á tomar el camino de Hungría marchándose por Laibach y la Carniola. En su retirada recogió los restos de su hermano el archiduque Juan, cuyo cuerpo de ejército había sido arrojado del Tirol por Ney y Augereau, habiendo sido mucho más maltratado que el suyo.

En el Tirol, como en Italia, el éxito había sido superior á todas las previsiones; debióse, sin duda, en parte á la habilidad, al atrevimiento y al golpe de vista pronto y seguro de sus incomparables lugartenientes, pero mucho más aún á esta vasta concepción que abrazando de una sola mirada todo el conjunto de esas operaciones y su teatro inmenso, había descuidado los puntos secundarios para cargar sobre el principal, es decir, sobre el Danubio, una masa irresistible cuyo impulso debía arrastrar todo lo demás. Las estratagemas que cubrieron la marcha del ejército francés de Boulogne al Rhin, la misma idea de cortar los 70.000 hombres de Mach con un ejército de más de 300.000, se han admirado por encima de su valor cuando en verdad no presentaban grandes dificultades ni en el pensamiento ni en la ejecución, pero lo que sólo pudo un gran genio militar abrazar con fuerza, fué el lazo que unía esta operación á las de los otros ejércitos, y el punto principal en donde era necesario dar para hacer caer de un solo golpe todas las otras defensas de Austria.

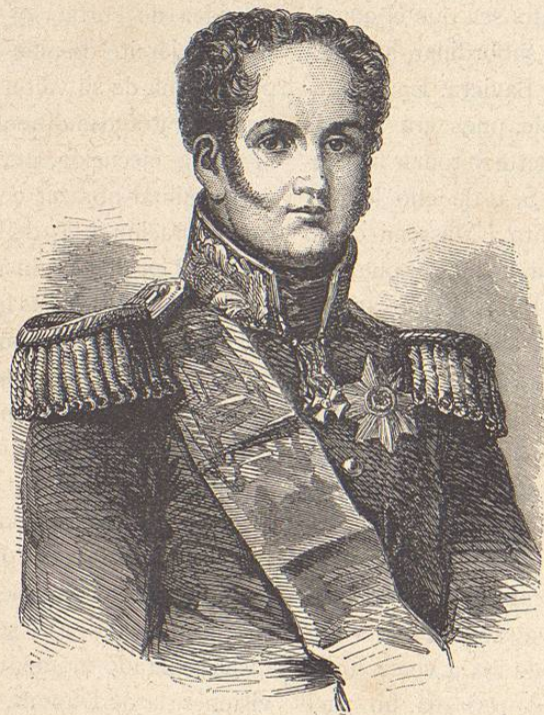
Hemos dejado al gran ejército á unas quince leguas de Viena, en frente de Krems, por donde Kutuzoff acababa de escaparse de improviso quemando el puente que le había dado paso. Ese brusco movimiento lo había puesto de punto en presencia de Mortier que costeaba la orilla izquierda del Danubio, aislado del resto del ejército. Ese mariscal, antes de poder reunirse con la flotilla que debía asegurar su retirada, se encontraba por mayor desdicha separado momentáneamente de una de sus divisiones, la de Dupont, se encontró de repente asaltado de frente y por la cola, por una gran parte del ejército ruso, en los desfiladeros que dominan las ruinas del castillo de Dürrenstein, célebre por el cautiverio que allí sufrió Ricardo Corazón de León. Los franceses que habían en un principio tomado la ofensiva, no tardaron en apercibirse que tenían que habérselas con más de la mitad del ejército ruso, pero sin turbarse por su enorme superioridad, rechazaron heroicamente sus ataques y lucharon todo el día contra las tropas que les rodeaban. Llegada la noche, resolvieron retroceder para juntarse con la división Dupont; abriéronse paso á la bayoneta en un combate de los más mortíferos, siendo muy pronto saludados con los gritos de júbilo de sus camaradas, que habían por su parte atacado por la cola una de las dos columnas rusas para ir á su socorro. Mortier pudo entonces escapar al ejército de Kutuzoff repasando la orilla derecha del Danubio, por medio de la flotilla.

Durante este tiempo Murat, que iba á la vanguar-



dia, no encontrando á nadie en su frente, galopó por el camino de Viena, arrastrando á todo el ejército tras sí. Es á él, á quien, Napoleon llevado de su mal humor por lo que le había pasado á Mortier, echó toda la culpa, cuando de ella había sido el verdadero autor, exponiendo ese cuerpo aislado en la orilla izquierda á los esfuerzos reunidos del ejército ruso. Reprochóle en los términos más duros su ligereza, su aturdimiento, su precipitación en arrastrar al ejército á Viena. «Y sin embargo, habíais recibido orden,—añadía,—de perseguir á los rusos sin

desamparar. Vaya una singular manera de perseguirlos alejándose de ellos á marchas forzadas. Así los rusos podrán hacer lo que quieran del cuerpo de ejército del mariscal Mortier, lo que no hubiera sucedido si hubieseis cumplido mis órdenes.» De hecho Murat había aún tomado el mejor partido, pues no había puentes mas que en Lintz y en Viena, y la flotilla no habiendo aún bajado hasta á Krems, y no contando por otra parte mas que con un número de barcos insuficiente para un trasbordo rápido, hubiese quedado muy embarazado si con tales condi-



ALEJANDRO I, EMPERADOR DE RUSIA

ciones hubiese tenido que perseguir á los rusos acobardándole con las puntas de sus sables. Pero era necesario que alguien fuese responsable de esta falta que no era otra que la repetición del abandono de Dupont en Albeck, y Napoleon estaba muy lejos de admitir que él fuera su autor.

El 13 de Noviembre, por la mañana, Murat compareció delante de Viena. El emperador de Austria había tomado la resolución humana pero impolítica, de ahorrar á esos buenos vieneses el horror de un sitio que no hubiese podido á la verdad durar mas que algunos días, pero que hubiese en sí mismo prestado un servicio inestimable á la causa de los coaligados en un momento en que los instantes eran tan preciosos para ella. Pero al dejar en Viena al conde de Würbna, para negociar con los franceses su entrada pacífica en la capital, el emperador

de Austria había confiado al príncipe de Auersperg la misión de guardar con un destacamento los grandes puentes del Danubio que tenían para Napoleon una importancia sin igual. Napoleon había encargado á Murat que sorprendiera estos puentes á toda costa, á fin de continuar de nuevo sin descanso la persecución del ejército ruso por el camino de Moravia. Aprovechando la especie de suspensión de armas que las entrevistas relativas á la ocupación de Viena habían establecido entre los dos ejércitos, Lannes, Murat y Belliard, seguidos de algunos oficiales de Estado mayor, y un poco lejos por un regimiento de húsares, adelantáronse por el gran puente, las manos á las espaldas, y trabaron conversación con el comandante del destacamento, anunciándole el fin de la guerra, la conclusión de un armisticio, y haciéndose los sorprendidos por los

preparativos hechos para hacer saltar el puente, atravesáronle con él mientras que sus tropas se adelantaban por su parte á mojar la pólvora y cortar los conductores. Apercibióse al fin el comandante austriaco de que le engañan, quiere ordenar á sus soldados que pongan fuego á las minas, pero sus interlocutores le sujetan por el cuello. Llega entonces el príncipe de Auersperg en persona, á quien repiten la fábula cara á cara del armisticio; pero ya durante este tiempo varios destacamentos franceses han pa-

sado el puente, los soldados austriacos son desarraigados y rodeados, y, en una palabra, el engaño queda triunfante.

Esta superchería desleal era poco digna de generales tan intrépidos y ya tan ilustres. Pocos días después de esto, los rusos probaron á Murat de una manera muy ingeniosa que en esto ellos podían ser sus maestros. Impaciente ese mariscal para ganarse las buenas gracias de Napoleon, apenas se hubo apoderado del puente, que se lanzó con toda celeri-



MAXIMILIANO JOSÉ, REY DE BAVIERA.



dad por la carretera de Viena á Bohemia cortando en Hollabrünn la que va de Krems á Moravia. Con esto tenía la esperanza de prevenir, en el punto de unir los dos caminos, al ejército ruso, que iba á encontrarse de esta suerte preso entre los cuerpos de Bernadotte que Napoleon debía hacer pasar á la orilla izquierda, por medio de la flotilla, y el cuerpo de Murat, sostenido por el de Lannes.

Kutuzoff, después de la desaparición de Mortier, creyendo destruidos los puentes de Viena, se había detenido un tanto en Krems para reponerse de las fatigas, de modo que, á pesar de toda la delantera que le llevaba á Murat, éste llegó con su vanguardia casi al mismo tiempo que los rusos en Hollabrünn, punto de intersección de las dos carreteras. Alentado por el éxito de su engaño en el puente de

Viena y queriendo dar á las tropas de Lannes tiempo para que se le juntasen, alegó de nuevo la conclusión de un armisticio con Austria á los generales Nortitz y Bagration que se encontraban encargados de defender á Hollabrünn. El austriaco Nortitz cae en el engaño y se retira dejando pasar á los franceses, pero el sutil discípulo de Souwaroff, advertido por su lugarteniente Bagration, finge, no sólo estar al corriente de la negociación, sino de estar encargado el mismo de continuarla por lo que hace al cuerpo ruso. Despacha á Murat al general Winzengerode que le entretiene con buenas palabras presentándose en nombre del emperador Alejandro.

Murat, cae prisionero de sus propias redes, envía un correo á Schoenbrunn para consultar á Napoleon sobre las condiciones del pretendido armisticio. Du-